

El proceso de disgregación de los Monumentos y la restauración de la Portada de Ripoll

Por CARLOS CID PRIEGO

COMISARIO DE LA IV ZONA DEL SERVICIO DE DEFENSA
DEL PATRIMONIO ARTÍSTICO NACIONAL

N. de la R.: Publicamos la primera parte de este documentado trabajo, que por su extensión continuará en el número siguiente.

I

EL PROBLEMA DE RIPOLL: CRITICAS

Hace algo más de dos años se produjo una justificada alarma en toda España, y muy particularmente en Cataluña: la portada del antiguo monasterio de Ripoll, monumento básico del románico universal, joya preciada de nuestro arte medieval, había entrado en un proceso de descomposición vertiginoso: sus relieves se reblandecían, se transformaban primero en escamas y luego en polvo; la roca se había convertido en una materia deleznable, y bastaba una ligera presión de los dedos para que se desmoronara. La desaparición de esta portada, que en realidad es una fachada entera esculpida, cantada por los poetas, llamada *Biblia de piedra* por Mn. Cinto Verdaguer, era una calamidad que conmovía a todos los amantes del Arte, porque es la mejor parte antigua del ilustre monasterio que los historiadores consideran el Santiago catalán.

Pasaron meses, y en apariencia nadie hacía nada para evitarlo. Es cierto que no se trabajaba materialmente en el monumento, pero la Dirección General de Bellas Artes, a través de su Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico Nacional, no perdonaba esfuerzo y luchaba contra reloj para hallar una solución, porque el remedio para el mal de Ripoll no existía. Fue una labor silenciosa, ingrata, desesperada, en la que había que aceptar previamente la derrota casi segura y hacer frente a toda clase de críticas. Salvo el personal técnico del Patrimonio y sus allegados, nadie conocía estos esfuerzos, pero todos veían la destrucción progresiva y rápida a la que en apariencia no se ponía remedio. Muchos la creían fácil; hay que conocer estos problemas a fondo para calibrar su alcance y la impotencia de la técnica actual. En la era de las maravillas atómicas, de los cerebros electrónicos y de los vehículos espaciales, parece inconcebible que no exista un procedimiento cualquiera que consolide en pocas horas la piedra alterada. Pero así es por desgracia; la sorprendente ciencia moderna es humana y limitada, y tan paradójica que puede fotografiar la cara oculta de la Luna cuando todavía no ha logrado crear una vacuna que preserve con eficacia absoluta a todos los individuos contra un vulgar resfriado.

No tardaron en llegar los avisos alarmantes y las críticas de diverso cariz, primero en forma de comunicaciones orales, luego de cartas y por fin de artículos de Prensa. Una de las primeras publicaciones que lógicamente se ocuparon con mayor insistencia fue *El Ripollés*, revista de la propia población. Con la firma de «Cesc» aparecieron dos artículos, el 26 de septiembre y 10 de octubre de 1959, que bajo el título de *La portada en peligro* llamaban intensamente la atención. Fueron páginas fuertes, pero escritas con la mejor buena voluntad, en nombre «de la Sinceridad en mayúscula», según decía y pudimos comprobar. Una editorial anónima de la misma revista, del 27 de febrero de 1960, reclamaba de nuevo el rápido remedio, e igualmente los números de 12 de marzo y 2 y 30 de julio del mismo año; se imprimieron con este motivo algunas interesantes ilustraciones.

Pronto cundió la alarma en la Prensa nacional: *Arriba*, de Madrid, insertaba amplia información el 27 de febrero de 1960 con el título de *La Biblia de piedra se desmorona día a día*, por Cacho-Dalda, que pedía se hiciera una reproducción antes de la total desaparición; *Solidaridad Nacional*, de Barcelona, insistía en los días 27 y 28 de febrero del mismo año en *Variaciones regionales*, firmadas por R. M.; otra referencia apareció en *El Noticiero Universal*, de Barcelona, de fecha 3 de marzo de 1960, por Eduardo Ripoll; *El Correo Catalán* había publicado también otra nota el 14 de octubre de 1959. Desde comienzos de 1960 empezaron a reflejarse las inquietudes en la revista barcelonesa *Destino*; merece destacarse el número 1.176, del 20 de febrero de ese año, que además de una carta al Director firmada por «Un amigo de Ripoll», añadía un artículo extenso y muy ilustrado de Joaquín Folch y Torres, *Sobre la portada de Ripoll*, en que se solidarizaba con el ambiente de preocupación, trabajo amplio que incurría por cierto en algunos errores históricos que hizo notar *El Ripollés* de 27 de febrero de 1960. *Semana*, de Madrid, número 1.027, de 27 de octubre de 1959, difundió otra nota, *Una maravillosa joya en peligro*, de Silvestre Nadal. Es imposible e innecesario recoger aquí todo lo escrito en torno a este problema; lo citado es lo fundamental, y sólo hay que añadir los dos últimos artículos de Folch y Torres aparecidos en *Destino* del mes de marzo de 1961, evidentemente fuertes.

El estado de cosas aconsejó salir al paso de estos comentarios, no con la intención de innecesarias disculpas, porque la culpa no era nuestra, ni con afanes polémicos o dolorida indignación, sino para informar en realidad cruda, de toda la verdad y sólo la verdad, y rectificar deficiencias de información. Fueron conversaciones privadas, cartas particulares, alusiones en conferencias. En *El Ripollés*, número 156, del 5 de diciembre de 1959, el autor de este trabajo publicó una *Carta abierta sobre la conservación de la portada del Real Monasterio de Santa María de Ripoll*, dirigida al Director del mismo; en la *Hoja parroquial de Santa María de Ripoll*, número 2.538, del domingo 2 de abril de 1961, insertó, bajo el título de *La portada de nuestro Real Monasterio*, otra carta, dirigida al Ilre. Sr. Alcalde de la Villa, D. Juan Guillamet.

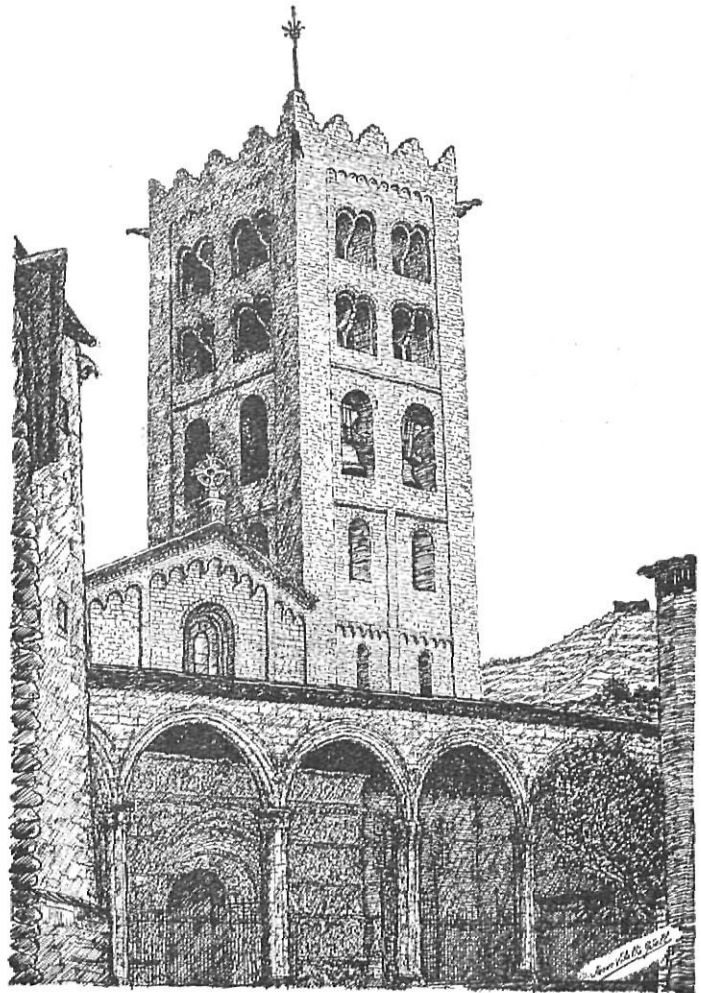
Hay que aclarar nuestra posición ante todas estas críticas, a veces duras. Todo hombre debe hablar claro cuando lo hace con el corazón en la mano, en nombre de la justicia y de la verdad, con la sana intención de rectificar defectos o subsanar olvidos. Si su información es correcta, esta actitud sólo merece gratitud, sobre todo cuando la crítica es constructiva; es loable por lo que significa de honrada y valiente preocupación por las cosas del espíritu. Ocurre a veces que se habla sin pleno conocimiento de detalles que no siempre es fácil conocer, sobre todo de orden técnico; también en estos casos debe aceptarse y agradecerse la advertencia de buena voluntad. Es también humano el apasio-

namiento, el desenfoco de las cuestiones por diversas razones que pesan sobre la ecuanimidad y pueden conducir a los límites de lo injusto, medida que no aquilataremos en el caso presente. Incluso esta posición tiene un aspecto positivo, el de servir de revulsivo, agrio, pero intenso y sano, el recordarnos el peligro de dormir sobre laureles o rutinas, y que por mucho que hagamos pocas veces cumplimos el grado absoluto del deber. Es un acicate más que impulsa a una lucha que nunca debe ser enconada, rencorosa ni personal, sino de sinceridad y de hechos. Infeliz la institución o el hombre que no tiene críticas, que no posee oponentes; poco interés despierta, escaso aliciente posee para enfrentarse con los problemas. Recordemos de paso que nadie indicó el remedio eficaz.

Por fortuna, la reacción pública fue ecuaníme en cuanto conoció la verdad; con una nobleza digna de elogio, las mismas publicaciones que atacaron, rectificaron por su propia voluntad y sin la menor presión. Debemos agradecer al director de *El Ripollés* sus cartas comprensivas y amables, la publicación de la nuestra, el artículo del número 2 de julio de 1960, *Se intenta salvar la portada de nuestro Real Monasterio*, en que cita la primera consignación concedida por el Ministerio de Educación Nacional y agradece sus esfuerzos al Patrimonio Artístico Nacional, gratitud reiterada en otros números. *Los Sitios*, de Gerona, la Prensa de Barcelona y en general la de gran parte del país recogió la noticia de concesión de las primeras 175.000 pesetas y del comienzo de las obras. Hay que recordar especialmente a *Destino*, que en su número de 15 de julio de 1961 difundía una nota recuadrada sobre el comienzo de la restauración, se congratulaba de ella y con gran serenidad observaba el inevitable y feo ennegrecimiento, pero lo aceptaba y se extendía en consideraciones sobre las ventajas y esperanzas que tiene el procedimiento adoptado, reconocía que el dibujo y volumen de las figuras se ve mejor que nunca, y agradecía su labor al Patrimonio Artístico.

La Comisión de Educación, Deportes y Turismo de la Excm. Diputación Provincial de Gerona, en sesión de 16 de mayo de 1961, expresó también oficialmente su gratitud al Patrimonio.

Todo demuestra una vez más que Cataluña es una de las regiones españolas más sensibles a los problemas culturales, que su amor a las viejas piedras alcanza hasta al más modesto hombre de la calle, que las críticas son expresión de esa loable inquietud, y que sabe responder a la sinceridad y a los hechos con idéntica honradez y entusiasmo. Magnífico ejemplo de que los hombres de buena voluntad siempre pueden entenderse.



Colección Imprenta Bonet, Ripoll.

EL PROBLEMA DE RIPOLL: HECHOS

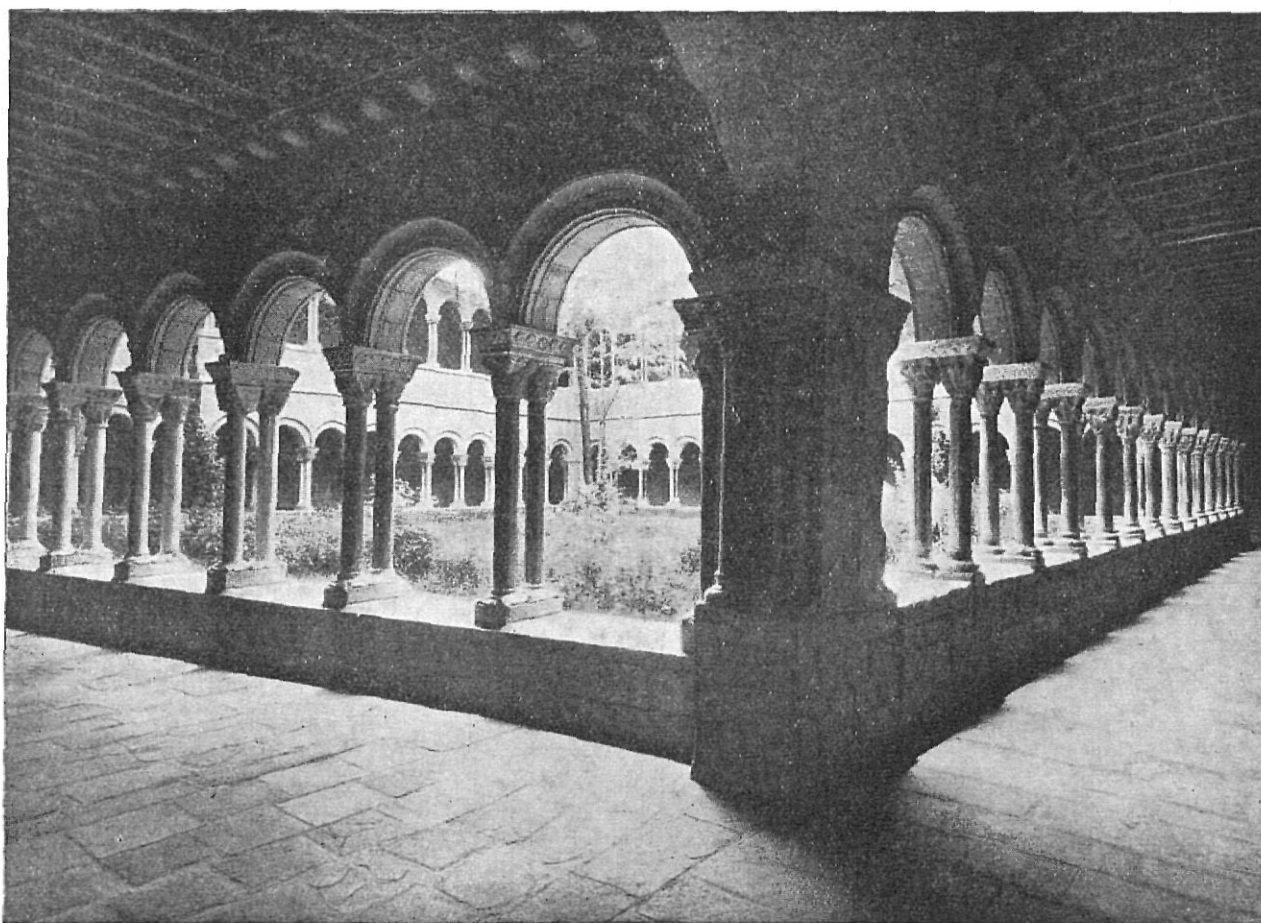
La primera noticia alarmante llegó a esta Comisaría de la IV Zona a través del apoderado provincial en Gerona, don Miguel Oliva Prat. El autor de este artículo se personó en el monasterio numerosas veces y redactó una serie de informes a la Comisaría General y a la Dirección General de Bellas Artes, a la que también se dirigió la Comisión Provincial de Monumentos, a comienzos de 1960. Inmediatamente intervino el arquitecto de la Zona, D. Alejandro Ferrant; el aparejador del Patrimonio en Gerona, señor Sanz, y, sobre todo, el comisario general, D. Francisco Iñiguez. También se ha interesado mucho y visitado el monumento el Ilmo Sr. director general, D. Gratiniano Nieto. Se tuvieron en cuenta toda clase de informes y consejos, como los del arquitecto jefe del Servicio de Monumentos de la Excma. Diputación Provincial de Barcelona, Sr. Pallás, y el de los técnicos de la casa Knapen, que visitaron Ripoll dos veces.

Con motivo del *Symposium* Internacional de Restauración Monumental, celebrado en Madrid y Barcelona en octubre de 1959, el monasterio fue ampliamente examinado y discutido por los participantes, todos primeras figuras internacionales en sus especialidades, desde arquitectos a químicos y otras disciplinas. Uno de los más interesantes fue el Dr. Cebertowicz, catedrático de la Universidad polaca de Danzig, inventor de un procedimiento de endurecimiento electrolítico a baja tensión. A través de una revista húngara especializada, que publicaba un resumen en alemán, y que casualmente llegó a España, el Sr. Iñiguez tuvo conocimiento del sistema y logró que su autor llegara a nuestro país y comprobara la portada de Ripoll, de la que tomó muestras para su análisis. Las dificultades del telón de acero —que no se vaciló en forzar si tras de él estaba la solución— retrasaron la devolución de las muestras hasta junio de 1961. Por desgracia, el procedimiento no sirve en nuestro caso, aunque es muy útil para cimientos en suelos arcillosos.

También se recurrió a los laboratorios de Bruselas que dirige el prestigioso m^{is}ter Coremans, al *Istituto Nazionale del Restauro*, de Roma, a los laboratorios de Austria, Alemania, Holanda, Francia, Inglaterra y Estados Unidos de América, sin olvidar a los especialistas nacionales. El triste resultado fue que los pocos procedimientos con alguna posibilidad no son aplicables a Ripoll, y que prácticamente no existía solución. Sentimos todos la amargura de un médico que ve agonizar a un paciente de cáncer, completamente impotente para hacer nada y rodeado de desconsolados familiares, que en su doloroso amor le acucian para que ponga un remedio que ellos creen existente, pero que el técnico sabe muy bien que está por descubrir.

SANTA MARIA DE RIPOLL Y SU PORTADA

El Real Monasterio de Ripoll es sobradamente conocido para historiarlo y describirlo aquí. *L'Arquitectura romànica a Catalunya*, de Puig y Cadafalch; el *Ars Hispaniae*, de Gudiol; la *Historia de la Arquitectura Cristiana en España*, de Lámpez; la *Catalogne Romane*, de Junyent y Ainaud (*Collection Zodiac*, París, de reciente aparición); *La basílica del monasterio de Santa María de Ripoll*, de Junyent; la obra de Marcel Durliat, etc., que incluyen abundante bibliografía y documentación gráfica, pueden servir, entre muchas, de punto de partida al que desee má información.



Conviene, no obstante, recordar algunos detalles importantes para comprender lo sucedido a la portada. Posiblemente antes de la reconquista de Wifredo el Velloso se veneraba la Virgen en la confluencia del Ter con el Freser, y había allí un grupo de monjes dirigidos por el abad Daguino. La protección de Wifredo y de su esposa Guinidilda convirtió las rústicas habitaciones en un primer monasterio, consagrado el 20 de abril del 888, y en donde fue enterrado Wifredo, transformándose en panteón de los primeros condes catalanes. Pronto resultó insuficiente, y al pretender ampliarlo el conde Mirón se vio obligado a derribarlo para construir una nueva iglesia, terminada por su hijo Sunyer y consagrada en 935. El crecimiento de la comunidad aconsejó al abad Arnulfo (938-970) a rehacer las dependencias del monasterio, levantar un claustro y rodearlo de murallas; la muerte le llegó cuando proyectaba la construcción de una nueva iglesia. Esta fue obra del abad Widiselo (955-979), que comenzó una basílica de cinco naves cubiertas con madera y arquerías apoyadas en columnas y pilares; la dedicación se efectuó en 977.

La máxima actividad constructiva coincide con la época del famoso abad Oliva (1008-1046), uno de los hombres más cultos de su época, emparentado con las casas condales de Cerdaña y Besalú y biznieto de Wifredo el Velloso. Quiso rivalizar con la Basílica Vaticana de aquellos tiempos, y alargó el templo por la parte delantera con un cuerpo de edificio de dos campanarios del nuevo estilo románico llamado «lombardo», que él introdujo en España; también derribó los ábsides y amplió la cabecera con un grandioso crucero elevado sobre una cripta y jalonado por siete ábsides. Consagró la nueva obra en 1032. Es posible que durante el siglo XII se sustituyera la cubierta de madera por otra de bóvedas de piedra. A mediados de ese siglo se labró la portada, que además de la puer-

ta abarca gran parte de la fachada principal, y cuyos numerosos relieves presentan una síntesis de la Historia (entendida en el sentido religioso), además del tiempo presente y del futuro, de los estamentos sociales, de los pobladores del mundo, etc., todo muy influido por las miniaturas. La importancia artística e iconográfica de esta fachada es única.

Parece que el abad Vilaguerut (1280-1310) levantó el pórtico de cinco arcos sobre columnas, de estilo gótico, que existe hoy ante la portada; en la extremidad occidental erigió el abad Jaime de Vivers (1351-1362) una capilla a San Vicente; poco después, en 1377, el monje sacristán N. Umbrells completó este conjunto con unas nuevas puertas de ingreso al templo.

El abad marsellés Bernardo (1071-1102) y el abad Peremola (1207) introdujeron varias reformas en la casa monástica, y posiblemente en tiempos del abad Ramón de Berga (1172-1206) se construyó el ala más antigua del claustro actual, la adosada al templo. Galcerán de Besora (1380-1383) le añadió otro cuerpo encima; las tres crujías que faltaban en la parte inferior fueron completadas por el abad Descatllar (1384-1408), dentro de su vasto plan de ampliaciones, con intervenciones del maestro Pedro Gregori, Colí, Pedro Mieres y el famoso escultor Jordi de Déu. Los arquitectos imitaron perfectamente la estructura antigua románica, y si cambia el sentido escultórico de los capiteles góticos, la unidad del conjunto es perfecta. Las tres galerías altas que faltaban datan de los primeros años del siglo xvi.

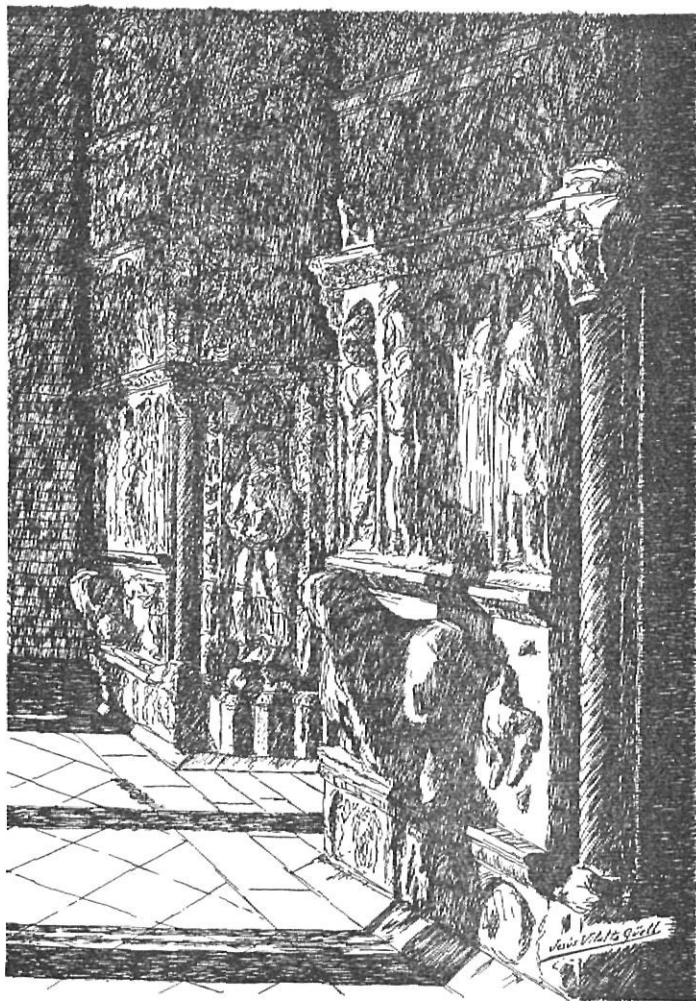
Prescindimos de mejoras y nuevos altares, que no tienen interés para nuestro objeto. Pero es importante el cambio de estructura a consecuencia del terrible y famoso terremoto del 2 de febrero de 1428, que hundió el cimborio, parte del ábside mayor, las bóvedas y un campanario. Con penosos esfuerzos, el abad Dalmacio de Cartellá (1410-1439) emprendió la restauración, acabada por sus sucesores, y que sustituyó el sistema de bóvedas románicas de cañón en otro de bóvedas góticas de crucería. En el siglo xv se hicieron algunas mejoras, pronto anuladas por las calamidades del cenobio: en 1463 asaltó el monasterio la soldadesca de Rocabertí; durante el siglo xvii se añadieron obras barrocas, se cegaron ventanas y se abrieron otras mayores, y para seguir los gustos de la moda barroca se cometieron las mil tropelías en que en todas partes inspiró el barroco contra los monumentos medievales.

Las conmociones políticas alejaron a los monjes del monasterio a comienzos del siglo xix; cuando volvieron reanudaron la labor de desnaturalización, iniciada por el abad Francisco de Portella, que encargó una seria reparación al arquitecto de Vich José Morató, que sin el menor escrúpulo redujo a tres las cinco naves antiguas, revocó el interior con yeso, destruyó los altares para sustituirlos por otros de pésimo gusto, y lo ambientó a la manera neoclásica. Estas obras duraron de 1826 a 1830, y su arquitecto tiene sobre sí, además de las barbaridades de Ripoll, la destrucción de la mayor parte de la catedral románica de Vich y la sustitución por la actual, que sólo se salva por las partes antiguas que conserva y por las pinturas de Sert.

Cinco años después, cuando la famosa quema de conventos de 1835, las turbas incultas se entregaban a la rapiña, y el cenobio se convertía en una pavorosa hoguera de escombros incandescentes. No pararon en esto los males; el mismo año se promulgó la ley de Mendizábal, y parece que el segundo delegado de Desamortización destruyó algunas piezas de la portada, según afirma en su obra José María Pellicer. En 1846, la puerta de la iglesia se hallaba tapiada. La intemperie y las vandálicas mutilaciones hicieron verdaderos estragos en la portada durante el período de 1846-50. Una crujía del claustro se

desplomó en febrero de 1847; en marzo de 1856 cayó la torre del palacio abacial; poco después se vinieron abajo las bóvedas góticas superpuestas del templo. La piqueta y el robo hacían de las suyas, y las mutilaciones de la portada fueron tremendas, incluso con la pérdida de las cabezas de las esculturas de San Pedro y San Pablo.

Algunos años después las ruinas se adjudicaron a la diócesis de Vich, y el amor de los ripollenses, que habían conservado cuanto pudieron, hizo posible el comienzo de la restauración bajo el obispo Morgades (21 de marzo de 1886). Cataluña entera respondió al titánico esfuerzo, y el arquitecto don Elías Rogent realizó una obra sorprendente y meritoria, criticada, y sin duda criticable, por los pruritos de arqueología excesivamente purista de la época, pero admirable en conjunto. Prescindimos de la nueva ornamentación interna y de la recuperación de algunas piezas. Recordemos que Rogent restableció el sistema de cinco naves y de cubiertas de piedra, que adosó a la fachada un



Colectión Imprenta Bonet, Ripoll.

grueso muro por el interior del templo, que volvió a cubrir el pórtico y que abrió la puerta actual de comunicación al claustro, que da a la galería formada por la fachada esculpida y el pórtico, y que todo esto puede haber influido en las condiciones determinantes de su estado actual. Después de siete años de reconstrucción, el obispo Morgades consagró por última vez el templo el 1 de julio de 1893. Afortunadamente, las profanaciones de julio de 1936 no afectaron a la obra arquitectónica ni a su decoración escultórica monumental.

La portada estaba entonces aproximadamente como en 1835; posiblemente el proceso de descomposición empezó a afectarla intensamente hará unos diez años, paralelamente a tantos monumentos europeos que han sufrido mucho en este período. El mal no apareció de manera superficial y aparatosa hasta hace unos dos años, o poco más.

ALGUNOS CASOS PARALELOS AL DE RIPOLL

Desgraciadamente, son muchos los monumentos dañados que podrían citarse. La famosa y bella Virgen Blanca de un parteluz de la portada principal de la catedral de León sufrió tanto hace unos años que no hubo más remedio que quitarla, guardarla como recuerdo en el interior y poner en su lugar una reproducción. Muchas portadas presentan efectos graves de descomposición, entre otras la de los Apóstoles de la catedral de Valencia, y la de Santa María, en Agramunt (Lérida). La catedral antigua de Lérida está muy erosionada por la parte que mira al río, y allí se ha demostrado la gran eficacia de la añadidura de un pórtico —de época gótica— ante la *Porta del Fillos*, que parece re-

cién tallada. Las murallas romanas de Tarragona, el mausoleo popularmente llamado Torre de los Escipiones (cerca de Tarragona) ofrecen también desgastes impresionantes debidos al aire del mar. En la entrada del Hospital de Santa María, de Lérida, se ha producido recientemente una inesperada lesión, verdadera explosión lenta de piedra convertida en polvo que ha dejado un profundo agujero. Otros monumentos españoles atacados por el mal son, entre muchos, la catedral nueva de Salamanca, la de León, algunos capiteles de San Isidoro (León), el pórtico Norte de la catedral de Orense, la Virgen de la puerta del Mirador de la catedral de Palma, etc.

El caso más grave, junto con el de Ripoll, era la Portada de las Platerías, magnífico monumento escultórico románico del hastial del brazo Sur del crucero de la catedral de Santiago de Compostela, gravemente amenazado desde hacía varios años. El problema era grave por tratarse de una obra excepcional, de granito fácilmente disgregable, y en un clima muy lluvioso y húmedo. Las noticias que nos facilitó nuestro querido colega don Manuel Chamoso Lamas, comisario del Patrimonio Artístico de la I Zona, reflejaban su justificada angustia.

Desde el verano de 1959 apareció intensa descomposición de todas las esculturas, lo que motivó consultas en el *Symposium* de la UNESCO a Mr. Coremans y trabajos en el laboratorio de Bruselas; las respuestas no pudieron ser más desalentadoras. En verano de 1960, después de un invierno extraordinariamente húmedo, se observó que la acción destructora era polifacética y aumentaba de manera alarmante, y, además, distinta a todas las enfermedades citadas por Mr. Coremans en su informe. Se trataba de un fenómeno que atacaba por igual, aunque con diferentes efectos, a los granitos, mármoles, calizas y esquistos, y la acción era idéntica en las piezas expuestas a la lluvia que en las recogidas en los tímpanos, jambas, etc. El granito se descomponía y desaparecía pulverizado su faldespato; los mármoles saltaban en lascas que marcaban las vetas ferruginosas o su espejuelo se deshacía como granos de azúcar, y las calizas y esquistos mostraban una lepra que al desaparecer por frotación o limpieza dejaba hondas huellas que desfiguraban las esculturas.

A medida que avanzaba el verano, la destrucción hacía procesos apreciables en períodos de veinticuatro horas; en algunas piezas importantes había grietas que amenazaban con el desprendimiento en cuestión de horas.

Desesperado el Sr. Chamoso, recurrió a la prensa, técnicos, geólogos y químicos, que no dieron solución alguna. Llovieron los ofrecimientos de casas productoras de impermeabilizantes, pero las pruebas demostraron su absoluta ineficacia. Tan sólo una fórmula del aparejador del Patrimonio en Pontevedra, mezcla de impermeabilizante con un barniz craso, contenía la destrucción superficial del granito. Se emadurnó toda la fachada con el producto, pero no se logró contener la destrucción de las esculturas ya profundamente afectadas, y siguió la corrosión y desprendimiento de lascas. La impregnación de cera, de la que luego trataremos, puso coto al fin a esta catástrofe, y dio la clave de la reparación de Ripoll.

El deterioro de las piedras era conocido en España desde hace mucho tiempo. Acabó con la hermosa Lonja gótica de Barcelona, que se reconstruyó en estilo neoclásico en el último tercio del siglo XVIII, aunque conservando el gran salón de contrataciones. Con gran sorpresa descubrimos que a comienzos del XIX el arquitecto Tomás Soler tuvo que restaurar los pilares de este salón, que se habían descompuesto; su curioso informe, que

publicamos en los *Anales de los Museos de Arte de Barcelona* (1947), es el estudio español más antiguo que conocemos sobre esta materia. Muchas reformas que se critican a los arquitectos barrocos y neoclásicos no fueron caprichosas, sino necesarias; este fue el caso de la sustitución de las portadas góticas esculpidas del imafrente de la catedral de Burgos, por las neoclásicas que hoy luce.

Cuando los sillares están seriamente dañados no hay más remedio que sustituirlos por otros nuevos, ejemplo tan repetido en las iglesias españolas quemadas en 1936. La acción del fuego afectó en tiempos a la fachada finamente esculpturada del Ayuntamiento de Bruselas, y allí también tuvieron que recurrir a la reproducción y sustitución de los originales, que pasaron al Museo. Muchas de las esculturas de la portada de Saint Sablon (Bruselas) han sido reemplazadas no hace mucho tiempo por reproducciones. Estos trabajos son cuidadosos y admirables.

En varios países, singularmente en Inglaterra, Francia y Bélgica, se limpian periódicamente a fondo las superficies externas de los monumentos, incluso de sus inmensas catedrales. Aunque el andamiaje de tubo de acero facilita la labor, ésta es lenta y cara, pero eficaz por suprimir sales y costras, aunque es un arma de doble filo cuando se emplea sin necesidad o con procedimientos peligrosos, como los chorros de arena a presión.

Entre los monumentos extranjeros gravemente afectados, hay que recordar, por su importancia, la catedral de Chartres, el templo de Rosay, en Brie, el palacio de Versalles, y el templo de Penthémont, en la calle Grenelle de París. En Roma, el arco de Constantino, el de Septimio Severo, la columna Aureliana, etc.

Por lo tanto, Ripoll no es caso único ni nuevo. Si creemos los testimonios escritos de la Antigüedad, la corrosión de los mármoles se había observado en Grecia, atacaba a los monumentos de Atenas y sus técnicos los recubrían periódicamente de cera de abejas. Muchas de las ornamentaciones de las fachadas del Louvre, de mediados del siglo xvii sólo son reproducciones posteriores de piezas destruidas. Mr. Froidevaux, profesor encargado de curso de conservación de monumentos, en la Academia de Bellas Artes de París, demostró recientemente que muchas esculturas, relieves, gárgolas y otros elementos de las catedrales góticas francesas, publicados como piezas antiguas, sólo son reproducciones del siglo xviii, realizadas, por cierto, con impresionante parecido y carácter estilístico. Versalles, los monumentos romanos de Italia y otros muchos están en trance de perecer si se abandonan a su suerte. El proceso no es un descubrimiento reciente, es tan viejo que el primer texto que poseemos de restauración de un monumento artístico de piedra es de época egipcia, en que hubo que reparar la colosal Esfinge de Gizeh, Desde ella hasta la Virgen de la portada del Mirador de la catedral de Palma de Mallorca, que se guarda maltrecha en el Museo Diocesano, y nuestro Ripoll, puede decirse que no hay edificio o escultura a la intemperie que no haya sufrido. Pero la alarma cunde en los últimos años en parte porque se ha emprendido por primera vez el estudio científico profundo de las enfermedades monumentales, que revela numerosos casos en que antes no había llamado la atención, y porque el mal adquiere rápidamente extensión e intensidad progresivas, quizás por la edad que va alcanzando la piedra, o acaso por el enrarecimiento del aire debido a las emanaciones industriales que según parece han envenenado toda la atmósfera terrestre, ya que los efectos nocivos se aprecian indistintamente en regiones de mucha o de poca industria, en grandes ciudades y en pleno campo.